

## UN PREGÓN SINCERO, SIN TAPUJOS Y A CORAZÓN ABIERTO

SEVILLA. Fernando Carrasco

Fue un Pregón sincero, sin tapujos. Si se me permite, revelador. Fue un Pregón sin aliento, de menos a más, como las faenas sublimes. Pregón que tuvo, es verdad, concesiones a la galería —todas las grandes faenas tienen esa displicencia—, pero armado en base a una singladura perfectamente engarzada por Carlos Herrera, sazónada por un don, el de la palabra, el de la comunicación, que conjugaron a la perfección en el ser y el decir del pregonero.



Porque al Pregón se le pueden buscar faltas —al de Carlos y a los de sus predecesores—pero no se puede obviar ni el mensaje ni la sevillanía. ¿De Cuevas de Almanzora? Sí, pero sevillano de los pies a la cabeza.

No buscó la tangente en ningún momento en temas que, a fuer de ser sinceros, otros pasarían por alto: terrorismo, injusticia social y el papel de la Iglesia ante la sociedad y de las hermandades ante la Iglesia. Y todo ello adobado con ese amor —«Soy la sombra, tú la luz, eres Sevilla»— que siente quien desde hace más de un cuarto de siglo es un sevillano más.

Arrancó sonrisas, emociones, titubeos y esperanzas en quienes le escucharon. Hizo que sucumbiéramos ante una realidad palpable muchas veces más de chascarrillo de taberna que de cenáculo de oradores y se metió de lleno en cuestiones que otros ni oír siquiera quieren, entremezclando ese amor que Sevilla siente por lo suyo, por sus Cristos, por sus tradiciones, por un Dios, el de Sevilla, cuyo rostro «es el rostro de cualquiera de nosotros, que es lo que Dios quiere para su presentación».

### «¡DEJADNOS EN PAZ!»

Y si comenzó su Pregón recordando ese matrimonio entre él y Sevilla —sublime su descripción de entrada— y refiriéndose, de manera directa, a la injusticia social y a la inmigración, fue más allá cuando iqué manera de decirlo, Carlos!, comparando a los asesinos de ETA con Barrabás, no rehuyó el cara a cara con la banda mafiosa y terrorista: «Quinientos judas sevillanos han preferido a Barrabás y cuando eso ocurre en una tierra hastiada de poner la otra mejilla, uno se pregunta si hay que dejarse llevar por la furia o hay que seguir manejando inútilmente la templanza y la espera de tiempos mejores (...) Entretanto, vamos conociendo la cara negra de la muerte, ese saurio esquelético que tiende su red pegajosa y blanda, que llega a ti vestida de frío como luto anticipado y seguimos rindiendo honor a la memoria de los inolvidables Alberto y Ascen, o a la del recientemente muerto Antonio Muñoz Cariñanos. (...) Pido paz para Sevilla, paz para los hijos de Sevilla, paz para los vivos y los muertos, paz para los amenazados, paz para nosotros. Paz, paz, paz y sólo paz. ¡Dejadnos en paz!».

Y a partir de ese momento, el Pregón cambió por completo, porque Herrera se centró en Sevilla, en sus devociones, en su sentir cofrade, en sus vivencias y, también, en el papel de la Iglesia y sus hermandades.

Y su guía fueron la Candelaria y la Macarena, a través de experiencias personales, de anécdotas sinceras y reales; y su barco la Esperanza de Triana, y Cristo caminando por Sevilla y la familiaridad con la que miramos a nuestras imágenes —«cuando el sevillano se acerca a una imagen, a su imagen, lo hace como aquél que llega a casa de un familiar querido, con mezcla de veneración y proximidad»—, entremezclando el silencio con la luz de San Nicolás o el anuncio del embarazo de Charo Padilla, compañera y esposa de Manuel Marvizón, compositor de la marcha «Candelaria».

Pero, por encima de todo, sus experiencias personales —magistrales las descripciones, en tono suyo, de Carlos Herrera, de vivencias de foráneos, incluso de su mujer— jalonaron un Pregón que —¡qué bien guardado lo tenías, Carlos!— no careció de poesía ni de reflexión final.

Y si conmovió con la historia de Granada, esa chica a punto de morir cuando el pregonero asía de la cintura nada menos que a la Esperanza Macarena, su paseo por los barrios, por Triana o el recuerdo de aquel viejo cofrade hicieron que los sevillanos nos emocionáramos y apareciese el nudo en la garganta.

Y sin rehuir la cita —no lo hizo desde que se plantó delante del atril— y el envite, recordó que ante el nuevo milenio que comienza, tenemos el reto de «redimensionar, devolver las cosas a sus proporciones lógicas. Y construir entre todos una Iglesia comprometida, valiente, actual».

Pregón sincero, sin tapujos y a corazón abierto. Pregón de un cofrade sevillano. Pregón de Carlos Herrera.